

Nuestros cuerpos a pesar del género



Programa Feminista La Corriente
Nicaragua, Octubre del 2015

Nuestros cuerpos a pesar del género



Programa Feminista La Corriente
Nicaragua, Octubre del 2015

Equipo de investigación:

María Teresa Blandón Gadea

Cristina Arévalo Contreras

Elvis González Salvatierra

Diseño y Diagramación:

Veinti3.com

Con el apoyo de:



“Seguimos sancionando la transgresión de género y sexualidad; nos gustan saber y colocar claramente a cada cual en las casillas de orientación sexual, género y sexo. No soportamos la incertidumbre de no saber quién es qué. Todavía tenemos pendiente hacer un ejercicio de revalorización de otras formas de masculinidad, de otras formas de feminidad que no son las dominantes, de otros espacios posibles para ser y estar.”

Raquel (Lucas) Platero.

Por un chato de vino.

Historias de Travestismo

y masculinidad femenina.

I. Presentación

El Programa Feminista La Corriente, organización con más de dos décadas de labor ininterrumpida en la construcción de movimientos feministas en Centroamérica, durante la última década ha venido complejizando la comprensión sobre la relación entre sexismo, racismo, machismo y misoginia como dimensiones de una estructura de dominación que requiere de visiones duales, binarias y jerarquizadas de los cuerpos y sus diferencias.

Como parte de estos esfuerzos nos parece de suma importancia continuar reflexionando y construyendo propuestas que recuperan la experiencia vital de aquellos cuerpos que con su sola existencia desordenan el género y la heterosexualidad como simbolización cultural de la diferencia sexual.

El quehacer de La Corriente durante la última década ha estado encaminado a desarrollar procesos de empoderamiento de mujeres, jóvenes y personas LGBTI, que en nuestra comprensión implican deconstruir el pensamiento sexista, machista y heterosexista que nos habita como individuos y como sociedad. La experiencia nos dice que solo desde un pensamiento y unas prácticas transgresoras y subversivas, podremos contribuir con la construcción de formas alternativas de vivir nuestros cuerpos y relaciones, perfilando nuevos referentes de sociabilidad que reconozcan la diversidad como principio y fuente de una sana convivencia.

Asumimos en nuestros enfoques de trabajo la necesidad de transformación de los significados comunes y jerarquizados acerca del sexo y del género, que han dado lugar tanto a la subordinación de las mujeres, como a la discriminación y el rechazo de todos aquellos cuerpos que no se someten a las normas de género impuestas por el heterosexismo. El cuestionamiento al pensamiento binario que clasifica

y contrapone lo femenino con lo masculino y el deseo heterosexual con la homosexualidad, desde falsos referentes de superior/inferior, normal/anormal, bueno/malo constituyen la dimensión de nuestro activismo feminista.

Teniendo como base y fundamento la experiencia desde nuestros cuerpos, defendemos una noción de ciudadanía que a la vez que resignifica y transforma la propia experiencia, interviene en el espacio público para desafiar las jerarquías de poder que sostienen la discriminación hacia las mujeres, lesbianas, homosexuales, bisexuales y personas trans.

Como antecedente del presente estudio tomamos en cuenta las reflexiones compartidas durante los ciclos de formación realizados con activistas lesbianas y trans a partir del año 2010, en los cuales hemos tomado conciencia del complejo proceso de construcción de las identidades de género y las implicaciones que para las personas tiene la adopción de determinadas etiquetas que te clasifican de una vez y para siempre como trans, homosexual o lesbiana, en una sociedad en donde el binarismo de género rechaza cualquier transgresión a la norma heterosexual que le es propia. En estos procesos constatamos que no basta con definirnos desde estas “nuevas” clasificaciones para subvertir el orden de género hegemónico, ya que como hemos visto, es posible en medio de la transgresión, reproducir esquemas binarios y jerarquizados acerca de lo masculino y lo femenino.

De esta manera, resulta evidente el peso que para muchas mujeres trans tiene el pene en su experiencia erótica, al punto de llevarles a la autocensura del placer compartido, colocándose en el lugar del cuerpo femenino visto como mero objeto del placer masculino y despojado de sus propias búsquedas e iniciativas. En sus propios relatos la realidad del pene y las miradas de los hombres representan vías principales de aprobación y/o rechazo con un claro impacto en la imagen que construyen de sí mismas, en la mayoría de los casos más bien negativa.

En el caso de las lesbianas es evidente la marca que deja la educación “femenina” sobre la sexualidad en términos de pasividad erótica en unos casos, y de imitación del modelo heterosexual en la construcción de modelos amorosos y de pareja atravesados por relaciones de poder, en donde la figura “masculina” se impone sobre la figura “femenina”. Lo mismo se podría decir de la experiencia homosexual, si bien en tales casos se trata de hombres que rompen con la norma heterosexual, pero pueden preservar ciertos privilegios de género en tanto representantes de lo “masculino”.

Las marcas de género en clave binaria y jerarquizada están encarnadas en hombres y mujeres jóvenes de las más diversas procedencias geográficas, étnicas, de clase, influenciando de manera decisiva las ideas, acciones y decisiones que adoptan en todos los ámbitos de sus vidas, incluyendo la dimensión afectiva, erótica y reproductiva.

Como parte de la necesidad de generar nuevos conocimientos que alimenten los esfuerzos de reflexión y sensibilización, realizamos el presente estudio que tiene como propósito, analizar los procesos de construcción de las identidades de género y su relación con la homo/lesbo/transfobia, develando los factores que explican la discriminación de las personas clasificadas como tales.

Con este estudio nos proponemos profundizar en el debate sobre los complejos procesos de construcción y reproducción de las identidades de género, su influencia en la subjetividad de las personas y en las relaciones que establecemos con otros cuerpos en el ámbito de la sexualidad.

II. Enfoque metodológico

El enfoque teórico/metodológico con que fue formulado este proyecto de investigación, reconoce en el feminismo un paradigma de actualidad que nos permite cuestionar los esencialismos de género y sus implicaciones en la construcción de identidades binarias y jerarquizadas que colocan a las mujeres y todos aquellos cuerpos que se apartan del modelo heterosexual, en una posición de inferioridad.

Este estudio pretende dar voz a la experiencia de los cuerpos disidentes, siendo expresivo de las reflexiones, incertidumbres, temores y deseos compartidos por las y los participantes, la mayoría de las cuales pueden definirse como activistas feministas y de la diversidad sexual. En tal sentido, entrevistamos a feministas, lesbianas, trans y homosexuales (hombres) para reflexionar conjuntamente sobre aquellos elementos socio-culturales que construyen una determinada noción del género en clave heterosexista.

Para la selección de las participantes se tomaron en cuenta los siguientes criterios: ser activistas feministas y/o por los derechos de las personas LGTBI, procurar diferentes procedencias socio-geográficas y tener más de 25 años. Se realizaron entrevistas a profundidad a cuatro personas que se definen a sí mismas como lesbiana (1), heterosexual (1), homosexual (1), heterosexual (1).

Carla, Marcela, Luis y Manuel son los nombres ficticios dados a las personas entrevistadas, cuyas edades oscilan entre los 29 y 45 años de edad. El total de personas entrevistadas posee estudios especializados y ninguna adscribe una religión determinada.

Además se realizaron dos grupos focales, el primero de los cuales estuvo conformado por 8 personas: 3 homosexuales, un hombre sin autodefinición de su orientación sexual, un hombre trans, una

mujer trans, una mujer heterosexual, una persona que se define como mujer, que en la actualidad decidió adoptar una imagen masculina. Sus procedencias geográficas oscilan entre lo urbano y semi-rural (Nagarote, Jinotepe, Acoyapa, Managua); sus ocupaciones incluyen la docencia universitaria, teatro, promotor cultural y activistas feministas. El segundo grupo focal estuvo conformado por 4 lesbianas, 3 de ellas procedentes de León y una de Managua.

Las entrevistas a profundidad se realizaron basadas en un amplio cuestionario dividido en cinco grandes categorías de análisis, bajo los cuales se analizaron los resultados que presentamos en el presente informe:

- a.** Significados y aprendizajes de género
- b.** Transgresiones al género
- c.** Identidades de género y experiencia erótica
- d.** El binarismo de género y el peso de la heteronormatividad
- e.** Nuevas narrativas.

Finalmente, las experiencias y reflexiones compartidas por las y los participantes junto con reflexiones teóricas precedentes que iluminan nuestro análisis, constituyen el sustento de la presente investigación.

III. Marco Teórico:

“(...) retomo la figura del sujeto transdeseante. Un sujeto que no parte de una identidad estable y autosuficiente para instalarse en otra posición identitaria de destino concebida de manera igualmente fija y estanca. Transdeseante, por el contrario, como término amigo de un arriesgar la propia vida; transdeseante como figura afirmativa de un poner en cuestión las normas dominantes que imposibilitan o dificultan el reconocimiento de deseos no normativos, al tiempo que como una indagación autocrítica que persiga deshacer el propio yo desbaratando y subvirtiendo el sexismo y el heterosexismo que nos atraviesan en alguna medida, incluso sin haber sido actitudes decididamente elegidas.”

Elvira Burgos Díaz

Si bien en el origen de la construcción del género está la arraigada idea de que los cuerpos constituyen una esencia asentada en la diferencia sexual entre hombres y mujeres, la realidad de los cuerpos nos enseña que estos representan un complejo proceso de construcción y reproducción de significados y de símbolos en donde interactúan de manera más o menos compleja el individuo y la sociedad en determinadas épocas históricas y contextos.

Defender un mundo donde solo es posible definirse hombre/mujer heterosexual, es negar las múltiples evidencias de cuerpos que a lo largo de la historia de la humanidad han expresado con mayor o menor libertad el homoerotismo, la bisexualidad y la transgeneridad como posibilidades de estar en las dimensiones estéticas, afectivas y eróticas.

Entender los complejos procesos de construcción del género como categoría clasificatoria que implica la adopción consciente e inconsciente de un conjunto de significados y de prácticas que presentan los cuerpos como realidades innatas, ha sido una de las tareas constantes de la teoría feminista en su afán por explicar y denunciar las

desigualdades como expresiones de relaciones de poder, en donde lo masculino ha sido colocado en el lugar de la dominación; si bien en la actualidad se reconoce la necesidad de llevar la reflexión más allá de la diferencia sexual entre los cuerpos femeninos y masculinos, cuestionando ciertas generalizaciones sobre las identidades, la organización sexo/genérica de la sociedad y el propio sujeto del feminismo construida sobre tales bases.

Al comprendernos desde la estrecha evidencia de la diferencia genital como base de la existencia binaria del género, negamos el reconocimiento de las complejas experiencias y posibilidades de los cuerpos que transgreden y redefinen los significados del género, haciendo evidente que “el sexo no es natural, sino una marca que nos asignan culturalmente con el fin de naturalizar al género”. (Burgos, 2009. p. 2)

La naturalización del género como realidad esencial, requiere y es producto de históricos procesos de socialización en donde intervienen aspectos subjetivos y objetivos; el individuo en su interacción con las instituciones sociales; el inconsciente que también se alimenta de las normas sociales vigentes y de los sistemas de aprobación/prohibición. Los cuerpos “normalizados” cuentan con el aval de las instituciones sociales para sancionar y reprimir a “otros” cuerpos, vistos como un peligro para la vigencia de la heteronorma.

A partir de las representaciones simbólicas de los significados de lo masculino y femenino es que podemos comprender lo que señala Teresa de Lauretis, para quien:

El proceso de constitución del sujeto no se realiza sin la determinación del género, que devenimos sujetos generizados y que, por lo tanto, la feminidad (o masculinidad) es una construcción, un procedimiento cuyo resultado es hacer de un ser del sexo biológico femenino o masculino, una mujer o un hombre.”
(Purificación Mayobre: La formación de la Identidad de Género.
Una mirada desde la Filosofía, 2007)

Las fobias constituyen el mecanismo por excelencia para la reproducción del sistema sexo/género en clave binaria y jerarquizada, en donde los cuerpos que subvierten el orden establecido son colocados en los márgenes, en el lugar de la negación y del rechazo. Como señala Judith Butler (2004):

Una norma no es lo mismo que una regla, y tampoco es lo mismo que una ley. Una norma opera dentro de las prácticas sociales como el estándar implícito de la normalización (...) que el género sea una norma sugiere que está siempre tenuemente incorporado en cualquier actor social. (p.69)

Es sobre esta lógica que debemos comprender cómo se construye el género como orden de lo social y de lo sexual y que involuntariamente sostiene bases binarias para comprender la forma en que la sociedad está compuesta, desestructurar las implicaciones de esta norma social es tarea de las personas que reconocemos que las fobias afectan nuestras vidas e impiden experimentar nuestros cuerpos como verdaderos espacios de libertad individual y colectiva.

Las clasificaciones que definen lo masculino y femenino como oposición y complemento, suponen un complejo proceso de elaboración de códigos, pautas de conductas y expectativas con las que terminamos identificándonos en alguna medida y desde donde valoramos al “otro”. En la base de las jerarquías de género los hombres serían “naturalmente” no solo diferentes, sino mejores y superiores a las mujeres, quienes a su vez serán definidas como débiles e inferiores. Así, para Mayobre (2007):

La lógica binaria aplicada al par hombre/mujer justifica una concepción asimétrica de los sexos, que el varón (identificado de la Cultura) haya sido considerado superior a la mujer (asimilada a la Naturaleza) y que la mujer haya sido estimada como lo otro, pero lo otro en el sistema dicotómico occidental no accede propiamente al estatuto humano, a la racionalidad, ya que está

íntimamente ligado al cuerpo, a la naturaleza, a lo irracional (...) Esto es lo que explica el carácter androcéntrico de nuestra cultura, es decir, el hecho de que el varón se establezca como medida y canon de todas las cosas y que las mujeres hayan sido pensadas como un ser imperfecto, castrado, respecto al prototipo de la humanidad. (s.p)

La pervivencia y actualización de tales jerarquías solo pueden ser entendidas mediante procesos de reproducción e inyección de un conjunto de ideas y prácticas cotidianas que encarnan los atributos del género en todos los gestos de nuestras vidas, al punto de provocar la adaptación a tales moldes, si bien no exentos de fisuras. Al respecto, Foucault citado por Julieta Vartabedian (2007):

Considera al cuerpo como un texto donde se pueden leer las relaciones de poder que se han inscrito sobre él (...) analiza la desaparición del castigo como espectáculo público de violencia en contra del cuerpo y el surgimiento de la prisión como una nueva forma general de castigo moderno basado en el disciplinamiento corporal. (p.2)

El género como forma de organización y clasificación social constituye una realidad ineludible aun en su versión más transgresora; de tal suerte que pareciera clara la imposibilidad de vivir en cuerpos que no se definen en referencia con y desde la adscripción al género, sean cuales sean los atributos asignados en cada cultura. Para Butler (2004):

Afirmar que el género es una norma no es lo mismo que decir que hay visiones normativas de la feminidad y de la masculinidad, aunque claramente existen dichas visiones normativas. El género no es exactamente lo que uno <<es>> ni tampoco precisamente lo que uno <<tiene>> (...) Asumir que el género implica única y exclusivamente la matriz de lo <<masculino>> y lo <<femenino>> es precisamente no comprender que la producción de la coherencia binaria es contingente, que tiene un coste, y que aquellas permutaciones del género que no cuadran con el binario forman parte del género tanto como su ejemplo más normativo. (p.70)

Quizá pueda ser cierto que no podemos escapar del binarismo de género, pero las experiencias comunes de las personas con prácticas o rupturas de género descolocadas de la heteronorma, hacen evidente que el género no expresa una condición predefinida e inmutable; las transgresiones al género son pistas que afirman la posibilidad de romper con el pensamiento dual y dicotómico.

En las sociedades que construyen una rígida clasificación de género, éste se traduce en antagonismos entre lo masculino y lo femenino, de tal forma que se justifique la existencia de jerarquías que articulan las diferentes posiciones del sujeto. Desde esta perspectiva, los hombres estarían llamados a ocupar un lugar de privilegios y autoridad sobre las mujeres, mientras que estas estarían definidas en función del lugar que ocupen en la vida de los hombres.

Estas sociedades construyen discursos y crean mecanismos para sostener y legitimar el dualismo del género en clave jerárquica y mantener bajo estricta vigilancia todas aquellas rupturas/transgresiones que pongan en riesgo las “certezas” del pensamiento dual respecto del sexo y del género: “Los sistemas de género, sin importar su periodo histórico, son sistemas binarios que oponen el hombre a la mujer, lo masculino a lo femenino, y esto, por lo general, no en un plan de igualdad sino en un orden jerárquico.” (Lamas, M. 1996. p.32)

La violencia contra las mujeres, las desigualdades en todos los ámbitos de la vida, el rechazo a las lesbianas, trans y homosexuales, expresan el predominio del binarismo de género en razón del cual se impone una determinada forma de ser/estar, rechazando la propia experiencia de los cuerpos y sus deseos.

Sexo y género constituyen dos realidades en donde convergen cuerpos, sociedad y cultura, ya que es a partir de la diferencia sexual que se construyen las nociones de lo masculino y femenino como conjunto

de disposiciones que funcionan de forma más o menos articulada, en palabras de Marta Lamas (1996):

No es lo mismo el sexo biológico que la identidad asignada o adquirida (...) El sexo biológico, salvo raras excepciones, es claro y constante; si de él dependieran las características del género, las mujeres siempre tendrían las características consideradas femeninas y los varones las masculinas, además de que estas serían universales. (p.111)

El sistema sexo/género forma parte de un dispositivo de construcción de jerarquías sociales en donde también interviene de forma relevante la raza, lo étnico, la orientación sexual, la clase. Estas jerarquías sexuales, raciales y clasistas funcionan como referentes y medida de la “normalidad”, desde donde se clasifican y valoran el conjunto de comportamientos, características y deseos que exhiben los individuos; de tal suerte que cuanto más rígida es una sociedad en la validación de estas jerarquías, mayor es el grado de represión/sanción hacia los cuerpos disidentes.

Estos cuerpos “raros” porque no encajan plenamente en el género dual, porque no se amoldan a ciertos comportamientos que se suponen propios de lo masculino y lo femenino, porque subvierten el deseo heterosexual, porque reniegan de los límites impuestos a los cuerpos en las dimensiones estéticas, psíquicas, eróticas, afectivas, laborales, constituyen no solo un ejemplo inapelable del género como simbolización socio-cultural de la diferencia sexual, sino como la evidencia de la posibilidad de transgredir dicho orden, recuperando la posible armonía entre cuerpos, deseos y libertad; rescatando y dando sentido a los aportes de la teoría Queer que nos recuerda que “la masculinidad no le pertenece únicamente a los hombres, ni la feminidad únicamente a las mujeres”. (Butler, J., 2001)

La transgeneridad en su sentido más amplio permite desmontar la idea del género como constitutivo de una identidad esencial e inalterable, afir-

mando nuestros cuerpos como dimensiones simbólicas y materiales en constante re-significación:

Las travestis llevan un cuerpo que no se ajusta a las normas del orden corporal moderno y, en ese sentido, transgreden los bordes del sexo y género normativos. Se trata de un cuerpo no alineado claramente a las prescripciones del sexo, del género y la elección sexual. (Fernández, J., 2003. p.139)

Finalmente, es necesario comprender que si el género tiene un carácter normativo tal, que construye incluso los significados del sexo y de la diferencia sexual, hacemos nuestra la pregunta que nos propone Fernández en el sentido de: “¿Por qué seguir sus normas y rechazar el debate con quienes no se han sujetado a él?” (Fernández, J., 2003, p.153).

Desde esta perspectiva entendemos como parte de los actuales desafíos del feminismo nicaragüense en términos éticos y políticos, avanzar en la comprensión, reconocimiento e inclusión de todos aquellos cuerpos que desde sus diversas experiencias vitales, contribuyen a desmontar las jerarquías de poder que sostienen el sexismo, el machismo, la homofobia y el racismo.

El feminismo en tanto cuerpo teórico y movimiento social constituye un espacio privilegiado para construir nuevos y renovados diálogos desde donde construir políticas de alianza en donde confluyan visiones y acciones capaces de socavar las estructuras mentales, sociales, económicas y políticas que justifican desigualdades y exclusiones.

IV. Principales hallazgos

Significados y aprendizajes del género

“Ser hombre designa una serie de experiencias, (...) que en realidad son experiencias humanas, experiencias que puede tener cualquier persona...”

Manuel

“Es saber que tenés el respaldo del poder en tus manos”.

Luis

“Los significados y la experiencia de ser hombre o ser mujer (...) es una experiencia que varía de persona a persona”.

Marcela

En este acápite se analizan los significados y aprendizajes de las nociones del sexo y su relación con el género que las/os participantes reconocen desde su propia experiencia. Los significados atribuidos a lo masculino y lo femenino, las características y comportamientos esperados con los que se identifican y los que rechazan, las expresiones de género en la vida cotidiana, las pedagogías a través de las cuales aprendieron a estar en una identidad, las figuras que se destacan en el proceso de aprehender el género, la identificación de eventos que marcaron el proceso de identificación y finalmente, la importancia del género en sus vidas forman parte de los aspectos analizados en este apartado.

Qué significa ser hombre, ser mujer...

Pareciera que la pregunta *¿Qué significa ser hombre o ser mujer?* resultó sumamente compleja para las y los participantes, tanto como la relación entre orientación sexual e identidad de género, en clara referencia a los avances alcanzados en la necesaria problematización de las identi-

dades desarrolladas por activistas feministas y de los grupos lésbico/trans entrevistadas. En general, y partiendo de la propia experiencia, las personas entrevistadas coincidieron en que la crianza de niñas y niños alejados del binarismo de género representa la única manera de imaginar sociedades más democráticas.

La primera pregunta formulada a las y los entrevistados permitió indagar sobre lo que ha significado en cada experiencia personal, definirse hombres o mujeres. Las identidades hacen referencia a clasificaciones construidas en oposición a lo diferente y en clave jerárquica: masculino/femenino, blanco/negro, heterosexual/homosexual.

En el caso del género nos interesaba identificar la persistencia de estereotipos de género y los cambios ocurridos en la comprensión de lo masculino y femenino en las voces de activistas feministas y LGTB que participaron en el estudio.

Resulta interesante constatar que cada vez resulta más difícil para las y los activistas responder a la pregunta: *¿Qué significa para vos ser hombre o ser mujer?*, toda vez que las respuestas aluden a significados anclados en el binarismo de género, en buena medida cuestionados particularmente en los grupos feministas. Esta pregunta *“me descolocó”, “es una pregunta bien compleja”, “no es fácil de responder”, “Siempre me cuesta contestar la pregunta”,* fueron parte de los rodeos que tuvimos que dar para adentrarnos en la reflexión.

Para Manuel y Marcela que no se definen ni como homosexual ni como lesbiana, ser hombre/ser mujer forma parte de una experiencia humana que varía de persona a persona. Tiene que ver con la construcción colectiva de significados y con los modelos de educación y cómo asume cada quién esos aprendizajes; al mismo tiempo también tiene que ver con la posibilidad de cuestionar esos aprendizajes.

Para Carla que se define como lesbiana, los significados de lo masculino/femenino forman parte de una definición del sistema en el que nos construimos como personas, más que de una decisión personal.

Cuatro de los participantes en el grupo focal, que se definen como homosexuales vincularon el hecho de ser hombre con la posibilidad de tener el poder y ejercerlo; confirmación que permite reconocer la complejidad implicada en la identidad masculina en donde caben por un lado privilegios y prerrogativas asociadas a lo masculino, y por el otro, la discriminación y el rechazo frente a la homosexualidad.

Los aprendizajes sobre lo masculino/femenino parten de la relevancia y los significados que se atribuyen a las características de los genitales, como señala Marcela: *“Hay lineamientos generales que de alguna forma creemos válidos para todos y todas, y que tiene que ver con la diferenciación particularmente biológica, pero también eso va acompañado en cuanto a las libertades que tenemos, a los permisos sociales, a cosas estéticas como la vestimenta que usamos (...) es eso, un conjunto de discursos que trata de ordenar la vida”*.

Para algunas lesbianas lo femenino está asociado a las características biológicas, pero al mismo tiempo con las desigualdades que por su condición de género viven, incluyendo las experiencias de violencia, así lo mencionaron las participantes del grupo focal: *“significa aprender a convivir en una sociedad en la que estamos en desventaja”*; *“desde que nacés como mujer, (...) ya venís con un defecto porque se te cataloga como un ser inferior al ser supremo que es el hombre”*.

Los hombres que se definen homosexuales asocian lo masculino con la existencia de privilegios que les son otorgados aun en los espacios organizados que se definen como defensores de la diversidad sexual, como lo menciona un participante del grupo focal: *“Los hombres homosexuales estamos por encima de todas las posibles expresiones de la diversidad sexual, y aunque soy obvio en la calle, jamás voy a recibir lo mismo que una trans o una mujer lesbiana”*.

Para el único hombre trans que participó del estudio, las identidades de género son una ficción, y reconoce que la feminidad y la masculinidad pueden ser asumidas con independencia del sexo biológico. En torno a los privilegios masculinos, los considera un obstáculo, ya que la educación que reciben los hombres radica básicamente en que *“te van a llenar la cabeza de porquerías machistas”*.

Por el contrario, en la experiencia de las mujeres trans, la feminidad está asociada a su experiencia erótico-afectiva, en la que los aprendizajes de género orillan a las mujeres a reprimirse para no ser catalogadas como malas mujeres: *“he venido aprendiendo, que el hecho de que sea femenina no quiere decir que (no) pueda ser salvaje y más en lo sexual”*.

Una de las participantes del grupo focal mixto, que se define como heterosexual, asocia el ser mujer en relación al otro/diferente y la existencia de relaciones de poder; también lo relaciona con los atributos que desde afuera se imponen a los cuerpos nacidos con genitales femeninos. Sin embargo, también menciona la posibilidad de estar cómodas en lo femenino, renunciando a ciertas presiones que impone la sociedad.

En este sentido, coincide con Marcela quien se ha reconciliado *“con aquellas cosas a las que yo les tenía resistencia como el tema estético (...) usar ropa muy femenina porque eso sentía que atentaba contra mis fortalezas y mi valía personal, pero hoy por hoy no lo veo como contradictorio”*.

La mezcla conflictiva entre las asignaciones socio-culturales, la experiencia de vivir en cuerpos que experimentan las relaciones de poder de distintas posiciones y el deseo de estar de determinadas maneras en el cuerpo propio, expresan tanto las imposiciones como las transgresiones que constituyen la experiencia del género en la vida de hombres y mujeres.

Cada persona adopta los atributos con los que se siente más cómoda y de esta manera, logran convivir en un mismo cuerpo “*masculinidades femeninas o feminidades masculinas*”, como lo afirma Manuel. Frente a una educación que impone el cumplimiento de las expectativas que se suponen propias de mujeres y de hombres y que implican situaciones de discriminación, algunas personas optan por vivir en el género contrario, asumir ambos o no definirse.

Ciertos privilegios masculinos en el ámbito de la experiencia erótica negada a las mujeres, suele ser uno de los cuestionamientos señalados por las mujeres. Al respecto Marcela menciona que uno de los atributos masculinos que más le llamaba la atención era el de la “*promiscuidad*”, en el sentido de “*la libertad para hacer cosas que desde lo femenino no se le permitía*”.

De manera contraria Luis reconoce que es precisamente el “*poder*” uno de los atributos que más le gustan de la socialización masculina, en el sentido de la posibilidad de decidir “*ser vos mismo*” y tener libertad para decidir en el ámbito de la sexualidad. Como sabemos, tales atributos de poder están asignados en clave jerarquizada, y es por esto que el poder de decisión asignado a unos, es el mismo poder negado a “*otras*”, en particular a las mujeres que se suponen con menor capacidad para elegir la vida que quieren vivir, incluyendo el ámbito de la sexualidad.

El poder como dominación, la violencia sexual ejercida sobre los cuerpos de las mujeres y los niños, la creencia de su superioridad y la prohibición de expresar sentimientos clasificados como inferiores (tristeza, miedo) forman parte de los atributos negativos asignados a lo masculino, mismos que son claramente rechazados por Manuel, Carla y Luis; así como la pasividad y la sumisión asignada como atributos femeninos; y son las relaciones de poder que colocan a las mujeres en un lugar subordinado el centro de las críticas que hacen a las consecuencias que el género tiene en la vida de hombres y mujeres.

Particularmente las experiencias de violencia y de discriminación recuerdan a las mujeres su condición de tales, y por ende, que ocupan un cierto lugar en el mundo que es desigual al de los hombres y que les supone ciertas desventajas, las cuales se ven agravadas por el hecho de ser lesbiana tal como lo señala Carla. En cambio desde la experiencia de los hombres, la libertad y la seguridad para vivir sus vidas, es uno de los elementos que afirman la construcción de lo masculino.

La maternidad aparece como otra de las dimensiones constitutivas de lo femenino, en algunos casos señalada en un sentido positivo a partir del grado de identificación de algunas mujeres heterosexuales y lesbianas con el deseo de ejercer la maternidad, pero no como sentido del “ser” mujer, sino como parte de proyectos de vida más amplios que resignifican el contenido y las prácticas de la maternidad.

La importancia que en la construcción del género tienen los genitales, queda evidenciada en la experiencia de los y las entrevistados/as. La conciencia de la diferencia sexual en un sentido anatómico y fisiológico, sobre el cual se perfilan y construyen otras “diferencias”, es reconocida como dato principal en el aprendizaje del binarismo de género.

Los aprendizajes de género tienen un punto de partida en las familias de origen como no puede ser de otra manera, es este el espacio donde las criaturas se inician en el mundo; hombres y mujeres participan en las dinámicas cotidianas de socialización, en donde intervienen lenguajes verbales y gestuales.

De esta manera, Marcela y Carla reconocen que fueron las mujeres de la familia las que las criaron y que de ellas obtuvieron sus principales aprendizajes sobre lo femenino; en tanto Luis identifica el grupo masculino de su familia como los agentes que le enseñaron: *“juegos de hombres”*, reconociendo que *“el deporte a nosotros los hombres nos da esa libertad, el deporte*

te enseña que sos fuerte, valiente, que ganás y que al perdedor le va mal.” También de su padre aprendió la violencia como uno de los núcleos que modelan la masculinidad.

Las nociones de poder, libertad y seguridad, tanto como las de inferioridad, control y sometimiento, forman parte de los aprendizajes de lo masculino y femenino, cuyos escenarios y pedagogías se remontan a la infancia y se desarrollan en primera instancia en el ámbito de las familias, en donde hombres y mujeres preparan a las nuevas generaciones para la interiorización de dichos atributos.

Aun cuando se nos educa para asumir los atributos asignados a lo masculino o lo femenino, las y los participantes reconocen que en su experiencia, tales mandatos no han logrado actuar de forma definitiva y uniforme a lo largo de sus vidas. En este sentido, Manuel afirma que la adopción de una u otra identidad representa una opción en un sentido flexible y ambiguo, ya que *“todas las personas tenemos de las dos”*. Sus propias experiencias de vida y las influencias corporales y discursivas les han permitido entender que *“la sexualidad no es estática (...) no está escrita en piedra, igual que la identidad de género”*, en palabras de Luis.

Prescindir de la adscripción a una sola identidad expresa una de las más relevantes subversiones a la normatividad del género. Por lo que para Marcela, asumir una u otra identidad, está más asociado a adecuarse a las situaciones o momentos y *“darle sentido a esa experiencia”*, lo que permite *“reconocer que somos personas con experiencias múltiples”*; no solo como una cuestión de reconocimiento y diálogo desde y entre la diversidad de experiencias, ya que de otra manera se produce una fragmentación que nos limita y *“le sirve al sistema (...) Si yo me asumo mujer, y me asumo en esa identidad todo el tiempo, es como que voy a hablar con las mismas de siempre todo el tiempo. Yo creo más en jugar con esas identidades y quitárnoslas de vez en cuando para limpiar ese traje, porque al final es un traje”*.

Rituales de afirmación del género

Las experiencias relevantes que influyen de manera decisiva las comprensiones e identificación con lo masculino o femenino, constituyen un valioso itinerario que nos permite reconocer cómo los propios cuerpos interactúan con las normas y las instituciones sociales encargadas de reproducir el binarismo de género.

Carla y Marcela identifican como experiencias relevantes en la construcción de lo femenino la menstruación y el cuerpo femenino como un lugar que *“no es bonito”*, en directa relación con experiencias de violencia sexual. Esta comprensión llevó a Marcela a involucrarse eróticamente con mujeres, aunque más por rechazo a lo masculino; si bien gracias a su encuentro con las mujeres logró reconocer que *“ser mujer no tenía por qué ser horrible y coger con hombres no tenía que ser una cosa violenta”*.

Para Manuel y Luis son las personas presentes en sus vidas cotidianas –hombres y mujeres– quienes les recuerdan cuáles son los comportamientos propios de las mujeres, mismos que no deben ser asumidos por los hombres. En el caso de Luis se destaca el reconocimiento de sus posibilidades de acceso al cuerpo de las mujeres: *“yo como hombre podía conquistar a las mujeres. Para mí eso de chavalito era genial... llevarme a la enfermera que a todo mundo le daba ganas de llevarse en el saco. Ese fue uno de los eventos que a mí me marcó con ese rango del nivel del poder”*.

Transgresiones al género

Es posible que del conjunto de transgresiones que llevamos a cabo a lo largo de nuestras vidas, la del género sea una de las más castigadas en sociedades en donde el sistema sexo/género adquiere una relevancia principal como forma de organización social y de afianzamiento de jerarquías sexistas y machistas. La afirmación de la existencia de dos géneros que constriñen los cuerpos con experiencias, expectativas y deseos

diferentes a la norma, producen una serie de conflictos cuya resolución va desde la negación y la represión, hasta la abierta transgresión.

Nos preguntamos en el marco de este estudio ¿En qué medida el género asignado coincide con nuestra experiencia? ¿Hasta dónde es moldeable el género asignado? ¿Es necesario alterar los datos fisiológicos para encajar en el género deseado? ¿Qué tipo de conflictos nos genera el reflejo que nos devuelve el espejo de la sociedad? ¿Quiénes y de qué manera exigen lealtad al sexo/género asignado?

Las personas entrevistadas coinciden en mencionar que una cosa es lo que nos han enseñado respecto al género y otra cómo nos asumimos, haciendo evidente desde la propia experiencia una multiplicidad de posibilidades que combinan de forma ambigua y frecuentemente contradictoria, el rechazo y la aceptación a ciertos estereotipos, roles y papeles asignados. Para Marcela, tanto el género, como el sexo biológico están expuestos a las exigencias impuestas por el sistema: *“la preocupación estética, la preocupación por el peso, sobre la perfección del cuerpo (...) son exigencias y demandas sobre los cuerpos de las mujeres y al final también sobre los cuerpos de los hombres; porque al final estamos en un sistema capitalista que exige cuerpos bellos”*.

Una de las participantes en el grupo focal mixto, sugiere que no debería ser necesario asumir una sola identidad, aunque es consciente de los peligros que las personas viven cuando se asumen con identidades ambiguas. Asimismo, para una de las participantes de esta investigación que transitó de una apariencia femenina a la adopción de una apariencia masculina que coincide con su sexo biológico, el tener que asumir esta apariencia, fue una necesidad frente a hechos de discriminación: *“en un momento yo me consideré muy vulnerable ante tanta violencia ejercida por los hombres, fue una necesidad de tener que transitar por el género para asumir una expresión de género masculina y refugiarme en esa figura masculina que hoy tengo”*.

Dos de las lesbianas entrevistadas señalaron la importancia de identificarse así, como una necesidad política en el sentido de defender derechos y libertades en el ámbito de la sexualidad, negados particularmente a las mujeres, reconociendo diferencias con las agendas de las/os transgéneros, bisexuales y homosexuales: *“aunque es necesario identificarse desde algún lado políticamente, en la cotidianidad no somos el espejo transparente de esa feminidad que está asignada al ser mujer”*.

Al relacionar los atributos de género asignados a las mujeres en el ámbito de la experiencia erótica, dos de las activistas lesbianas del grupo focal se reconocen como mujeres versátiles en el sentido de tomar la iniciativa o dejarse conducir por su pareja, o como lo mencionó una de ellas *“me niego a tener una relación sexual con esto de la pasividad. A mí me parece desconsiderado con la otra persona”*.

En el mismo sentido, dos de las participantes de ese grupo focal reconocen que *“solo el hecho de acostarte con una mujer es un hecho transgresor”*, ya que ello supone prescindir de un cuerpo masculino para la vivencia erótica/afectiva.

La coexistencia de atributos asignados a lo masculino y lo femenino en un cuerpo de mujer que se define lesbiana, pone en cuestión la identidad asignada en un sentido totalizante, de tal manera que resulta común la idea de que las mujeres lesbianas en realidad no son mujeres y/o quieren ser como los hombres. Contrastando el prejuicio con la experiencia, una de las participantes del grupo focal reconoce que por un lado no se siente mujer porque tiene actitudes o comportamientos que serían considerados masculinos, pero por otro lado aspectos como el de la maternidad forma parte de su identificación con lo femenino.

Los sistemas de sanciones con que se castigan las transgresiones de género, obligan en muchos casos a resignificar sus experiencias corporales y sociales. Alterar de alguna manera la imagen corporal en

un sentido que las desvíe del género asignado, es causa de rechazo y discriminación, aun en gestos mínimos como el de dejarse crecer el cabello como relata Manuel.

En la experiencia de las mujeres trans que participaron en el estudio, se trata de una abierta y violenta negación del género asumido, ya que son consideradas como *“mujeres de mentira (...) no les importa que vos tengás una identidad de mujer”*.

Transgredir los mandatos de género ha significado para algunas lesbianas soportar una serie de sanciones implícitas y explícitas entre las que se nombran el temor al rechazo, dolor ante las rupturas familiares y vergüenza. Una de ellas consideró que *“se paga un precio muy alto”*, ya que hay presiones en el seno de la familia para contraer matrimonio y ejercer la maternidad; ante tales presiones las posibles salidas pueden incluir la abierta declaración de su lesbianismo, tener hijos sin desearlo y la adicciones.

La asignación de roles activos para los hombres y pasivos para las mujeres en la experiencia erótica, también están presentes en aquellos cuerpos que transgreden algunos significados del género, causando sentimientos de angustia y desconcierto, tal como se explica en la experiencia de Luis: *“el maje (su pareja) quería que yo siguiera algunos roles como de la persona sumisa, porque como yo me dejaba coger, él quería que yo fuera el sumiso en la relación”*.

Desde otra perspectiva, la heterosexualidad representa una confirmación de la identidad binaria, que si bien supone ciertos privilegios, en el caso de las mujeres aunque posean algunos espacios de libertad y autonomía, no les asegura librarse de experiencias de discriminación. En esta línea, Marcela identifica el riesgo de ser agredida por el hecho de ser *“codificada”* como mujer. Al mismo tiempo reconoce que aunque quisiera transformarse, lo que la gente ve es un cuerpo femenino, por lo que mientras no se elimine *“toda la posibilidad que hay en mí, para*

convertirme en lo que no quiero (...), la sanción social siempre es posible, porque siempre voy a ser algo sospechosa y esa es la mayor sanción”.

Cómo nos vemos con respecto a otras personas que se asumen “muy femeninas” o “muy masculinas”, dependerá de cuáles sean los atributos con los que cada persona se identifica o bien, con la necesidad de encajar en lo que socialmente es valorado positivamente.

Sin embargo, como ocurre en nuestras sociedades, en razón del sexismo existe un rechazo generalizado a ciertos atributos asignados al femenino sobre todo en comparación y antagonismo con lo que se supone propio de lo masculino; de tal suerte que si los hombres deben ser valientes, las mujeres deben ser cobardes; si los hombres son racionales, las mujeres deben ser emocionales (entendida la emoción como inferior e incluso despreciable), si los hombres son seguros, las mujeres deben ser inseguras y así sucesivamente.

Resulta interesante analizar el efecto que la propia imagen tiene sobre los otros, constatando en algunos casos la existencia de marcadas disonancias entre la propia percepción y la clasificación que de ésta hacen los otros. La experiencia de Carla es expresiva de esa falta de correspondencia entre la auto imagen con respecto a la expresión de género y cómo nos catalogan desde afuera: *“mi imagen no es para nada femenina, pero no creo que soy muy masculina; sin embargo, una cosa es cómo me siento y otra muy distinta es cómo otros me ven; para otra gente yo puedo ser muy tractora”.*

Probablemente esta apreciación interna/externa sobre la imagen corporal tiene que ver por un lado con la ambigüedad con que ciertos cuerpos viven la expresión de género, y por el otro, con la polarización de los estereotipos de feminidad y masculinidad que lleva a rechazar cualquier punto intermedio.

La construcción de modelos deseables de hombres y mujeres, también está atravesada por ciertos estereotipos que hemos introyectado

a lo largo de nuestras vidas de forma más o menos conscientes (mujeres coquetas y frágiles - hombres corporalmente fuertes y musculosos). Para Marcela, hay prácticas que la conflictúan e identifica en este sentido, los cuerpos masculinos muy definidos ya que tienen “*un poder simbólico y concreto*”, pues puede ser por un lado amenazante o por otro deseable; sin embargo, entiende que con lo femenino y lo masculino, las personas podemos jugar a lo largo de nuestras vidas para encontrar un punto de equilibrio.

A propósito de las influencias que han contribuido a modificar las percepciones sobre lo masculino y femenino, las personas entrevistadas señalan como punto de partida sus propias interrogaciones e incomodidades; sus familias como espacios de socialización (aprendizaje y rechazo de modelos); amigos o círculos de reflexión, la mayoría de los cuales están vinculados al feminismo; grupos de masculinidad y grupos que se articulan alrededor de la defensa de las libertades sexuales.

En ese sentido, Luis identifica a su familia y a su padre como modelos de machismo; Manuel identifica un grupo de reflexión entre hombres sobre género y masculinidad; Carla señala la universidad y su encuentro con el feminismo como determinantes: “*darme cuenta que no era una cosa anormal o mala... (...) otra cosa determinante fue haber conocido a mujeres de entre 50 y 60 años que fueron mujeres transgresoras en los 80 durante la revolución y que algunas de ellas eran lesbianas*” asimismo, “*mujeres que no necesariamente eran lesbianas pero sí “bien transgresoras de los mandatos de género”*”.

Sin embargo, el contar con algunos espacios de contención y/o reflexión no les ha librado de experimentar discriminación y violencia frente a las cuales, cada quien ha reaccionado de distintas maneras. Han reaccionado con rabia e impotencia, pero también han construido algunas estrategias de resistencia frente a esas experiencias señaladas por las y los participantes.

En relación con la pregunta de si es posible prescindir o liberarnos de las identidades entendidas como construcciones fijas, algunas de las personas entrevistadas responden afirmativamente, ya que como señala Manuel, la mayoría de las personas asume esa opción diariamente, pues *“todas las personas de alguna u otra manera nos distanciamos de los mandatos de género”*; sin embargo, esto dependerá de los grados de *“auto aceptación, autodeterminación y confianza...”* de cada quien como señala Luis.

Desde otra perspectiva algunas opiniones consideran posible desmarcarse de ciertos estereotipos y roles asignados, siempre y cuando ello no implique correr riesgos que atenten contra el propio ser. Para Marcela tales posibilidades resultan posibles en espacios privilegiados, funcionando mejor *“ir y venir, desmontar identidades y experiencias”*, reconociendo por otra parte, que en ciertas ocasiones y para determinados propósitos es necesario asumir una identidad desde donde defender derechos de colectivos que sufren cierto tipo de discriminación basada en el género, tales como la violencia porque *“el marco jurídico a como lo conocemos, pretende que somos cuerpos iguales y en realidad no lo somos”*. Y en el mismo sentido hace una analogía entre su estilo de vida y la propia identificación como constante búsqueda, la cual se nutre de distintos espacios y personas: *“más que decir que es hombre o mujer y andar un papel, que es un dato que te lo piden en todos lados”*.

Identidades de género y experiencia erótica

| *“La sexualidad no es algo fijo”.*

Carla

| *“Yo me siento más como alguien que busca... más que decir que soy hombre o mujer”.*

Marcela

El deseo en un sentido amplio es una de las dimensiones de la experiencia humana que interrogan y desafían las convenciones sociales que establecen las nociones del bien y del mal, de lo normal y anormal, de lo sano e insano.

Se suele definir la heterosexualidad como un rasgo “natural” y fijo de las identidades de género, lo que nos lleva a preguntar cómo confluyen o se disocian estas dos dimensiones en la experiencia de las personas entrevistadas. Eso que llamamos orientación sexual, orientación del deseo, preferencias eróticas ¿Van inevitablemente de la mano? ¿Podemos tener certezas de nuestros deseos a lo largo de nuestras vidas? ¿Qué hace que en determinados momentos de nuestras vidas diversifiquemos y en algunos casos cambiemos nuestras preferencias u optemos por otra diferente a la que aprendimos como la propia?

En las voces de las personas entrevistadas encontramos dos posturas que por un lado niegan la supuesta correspondencia entre identidades de género y deseo sexual, y a la vez afirman la posibilidad de diversificar la experiencia erótica a lo largo de nuestras vidas.

Para Marcela desde el discurso oficial, *“se supone que tendrían que coincidir (...) porque quieren familias nucleares que procreen y que generen más gente para que trabaje en las empresas y consuman...”*, mientras que en opinión de Manuel, Luis y Carla ambas definiciones van de la mano, pero con el tiempo pueden cambiar y no coincidir plenamente. En ambos casos se contrasta la norma heterosexual con la experiencia individual que afirma el carácter no solo diverso, sino flexible y cambiante en la construcción y la vivencia del deseo.

Desde la experiencia de las personas entrevistadas no existen certezas alrededor de la orientación del deseo, sino una serie de cuestionamientos y búsquedas personales que les han llevado a desacatar la

educación recibida, la cual moldea los deseos de hombres y mujeres hacia la heterosexualidad.

Por otro lado, las experiencias eróticas vividas también muestran la existencia de ciertas preferencias que lejos de modificarse se reafirman una vez que se contrastan con otras, como señala Manuel: *“no es algo que me generara dudas o que me atormentara o que sacudiera mi seguridad”*. De igual manera, Luis considera que aun teniendo experiencias bisexuales *“no cree que esa relación con una mujer defina su situación, ya que es un estadio temporal”*.

En otros casos, la reflexión se encamina hacia la inclusión/exclusión que hacemos de determinados cuerpos, tanto para desearlos como para rechazarlos; al respecto Marcela se pregunta sobre la influencia de los discursos sobre lo que se considera bello y deseable. En este sentido, las dudas que ha experimentado están referidas a la posibilidad o no de incorporar cuerpos de mujeres gordas, hombres negros, mujeres mayores o personas con discapacidad.

Carla afirma no haber tenido ningún conflicto por identificarse como lesbiana, ya que *“ni pensaba que estaba haciendo nada malo, pero sí que no era algo común”*. En el caso de Manuel, aun cuando intenta distanciarse de identificaciones rígidas, considera que solo por el hecho de estar en una relación heterosexual, se le identifica como tal.

La persistencia del deseo hacia determinados cuerpos, en ciertas ocasiones requiere de procesos de afirmación y reconocimiento que generalmente se producen en colectivos creados específicamente para la defensa de las sexualidades disidentes. En el caso de Luis, su participación en grupos de reflexión le ayudó a asumirse como homosexual y como él mismo lo menciona, *“fue un abrir los ojos, porque hablamos de sexualidad, de género, de identidad, de VIH y SIDA, hablar de las relaciones que nos duelen. Ahí es donde me asumí políticamente gay”*.

Las identidades eróticas corren la misma suerte que las del género, en el sentido de la exigencia de definirse en un sentido o en otro, pero siempre dentro de rígidas clasificaciones que restringen las posibilidades de experimentación de los cuerpos. Esta “necesidad” de definirse suele ser más o menos traumática, dependiendo de múltiples factores entre los que se encuentra el grado de introyección que tenemos sobre la heterosexualidad como normal.

Precisamente sobre la “necesidad” social de establecer clasificaciones que normen el deseo desde la heterosexualidad, una de las participantes que se identifica como heterosexual reconoce las dificultades que entraña la ambigüedad en la experiencia erótica: *“Yo estoy un poco dividida. Una es el mundo del deseo y otra el mundo real. En el mundo real es necesario que nos definamos, el mundo está estructurado de tal manera, en donde funciona la clave binaria de si sos una cosa o la otra. Y eso está institucionalizado, lo necesitás para tener derecho a votar, para acceder al seguro social, para casarte, para un montón de derechos. (...) tengo amigas y amigos a quienes la ambigüedad de cómo se definen les cuesta muy caro”*.

Por otra parte, en algunas experiencias se combina la decisión personal de definirse y ser aceptada fuera de la norma establecida y las estrategias de encubrimiento y negación con que algunos cuerpos se “atreven” a experimentar con otros cuerpos que han sido colocados en los márgenes. Esta es la experiencia de una mujer trans quien desde su propia afirmación reclama reconocimiento: *“el que me quiera como soy, y el que no, no”*; y por el otro ha debido enfrentar reclamos de “falsa” feminidad por parte de hombres con los cuales ha tenido experiencias eróticas: *“cochón (...) me mentiste. Yo digo ‘suave’, si te gustó mi apariencia femenina es porque te gustan las mujeres, no es que te gusten las mujeres, te gustan las vaginas”*.

En el anterior relato podemos encontrar muestras del conflicto que genera el deseo por cuerpos “raros” y la marca de la homofobia que lleva a conceder una importancia central en la presencia/ausencia de

genitales que supuestamente confirma el resguardo de la heterosexualidad. Al respecto Carla señala que “No es tu genitalidad lo que determina tu identidad de género, ni sexual, al menos no debería ser”.

El binarismo de género y el peso de la heteronormatividad

«En sí, la homosexualidad está tan limitada como la heterosexualidad: lo ideal sería ser capaz de amar a una mujer o a un hombre, a cualquier ser humano, sin sentir miedo, inhibición u obligación.»

Simone de Beauvoir

Reconocer los hechos cotidianos que se proyectan en y desde el cuerpo, puede ser la clave para comprender cómo se articulan las identidades dicotómicas y cómo estas afectan la experiencia erótica. La heterosexualidad parte de la convicción que los cuerpos deben ser modelados y guardar plena correspondencia con lo que se considera masculino y femenino, teniendo como dato principal la existencia de genitales “característicos” de hombres y de mujeres.

No solo se trata de lucir “masculinos” o “femeninas”, sino de adscribir el deseo únicamente por cuerpos que se suponen diferentes y complementarios, en una clara negación de la experiencia bisexual, lésbica y homosexual, que por otro lado, no necesariamente cuestionan al género binario, si bien lo transgreden en algunas de sus definiciones.

Como hemos afirmado de forma reiterada a lo largo de este estudio, en la base del heterosexismo se encuentran los significados que cada cultura atribuye a la diferencia sexual, de tal suerte que ser “hombre” y ser “mujer” requiere de la adopción de un conjunto de características, comportamientos y gestos previamente establecidos como propios de unas y de otros. En palabras de Manuel, *“Hay formas de homofobia que tienen que ver con la presentación de género de una persona (...) en el espacio público, no tenemos cómo saber con quién se relaciona eróticamente con una persona, pero lo que vemos es su apariencia, sus modos y a partir de eso la gente asume, supone que esa persona es homosexual o lesbiana*

y la discrimina por eso. Abí hay una conexión entre binarismo de género, homofobia y lesbofobia”.

La construcción de identidades sexo/genéricas constituye una forma de organización psíquica del individuo y de organización de las relaciones sociales y en tal sentido confieren una cierta “seguridad” sobre quiénes somos y quienes son los otros. Marcela plantea como una de las principales causas de la homo-lesbofobia, *“el miedo a que existan otras formas de vivir o el miedo a que nuestra felicidad heterosexual es mentira”.*

La existencia de un orden social y sexual regido por la heterosexualidad requiere de mecanismos de coacción y vigilancia que aseguren su pervivencia, como resume Manuel en su explicación de las causas de la discriminación hacia homosexuales, lesbianas y trans: *“las podríamos entender como reacciones a lo que se percibe como un cuestionamiento del orden sexual y de género, que por un lado surgen de personas que nos hemos formado en un orden social patriarcal y heterosexista y que por lo tanto cuando vemos a personas que no corresponden a ese orden, reaccionamos de forma violenta y discriminatoria, agresiva (...) es presión de ese orden patriarcal y es un mecanismo para perpetuarlo y reproducirlo”.*

Religión, ciencia y normas legales constituyen tres vertientes principales que a lo largo de la historia “moderna”, han contribuido con la construcción de nociones sobre el cuerpo, el sexo, el género, el erotismo y la reproducción. Aun cuando no han tenido los mismos caminos, durante mucho tiempo han partido de presupuestos comunes para presentar los cuerpos como realidades innatas, en donde la voluntad del individuo se ve reducida al mero acatamiento del orden establecido.

Las representaciones de los cuerpos se han nutrido en todas las sociedades, de un relato que los presenta como creación divina, en donde no interviene ni la cultura ni el deseo, negando con ello no solo la materialidad de los cuerpos, sino su carácter histórico y cultural. En la tradición judeocristiana se nos ha dicho que Dios creó “al hombre”

y a “la mujer” para que se acompañaran y reprodujeran, excluyendo cualquier otra posibilidad que dé cabida a interpretaciones ambiguas y diversas.

A lo anterior debemos agregar la condena explícita de la homosexualidad, haciendo referencia a una sentencia bíblica que maldice a los hombres que tienen sexo con otros hombres como expresión del mal. Luis reconoce que los fundamentalismos religiosos, *“establecen parámetros de conducta, mismos que si no acatás, establecen formas de discriminación y violencia que prevalecen en el tiempo, y que son reforzadas por la iglesia y las políticas del Estado”*.

Estas sanciones/condenas pronunciadas en nombre de un supuesto orden sagrado, cuyos únicos representantes son las jerarquías religiosas, contribuyen de manera contundente a preservar un orden heterosexual en donde predomina el poder masculino sobre las mujeres, como señala Carla esto: *“beneficia a la gente que quiere tener control sobre el cuerpo, sobre las personas –las religiones- si admitimos que hay un actor que gana, en un sistema que excluye y discrimina, digamos que ese es un sujeto heterosexual, blanco, pudiente, masculino, ¿qué gana? Poder, control... legitimidad”*.

Por el lado de la ciencia o los que suelen hablar en su nombre, los cuerpos que se apartan de la norma binaria y heterosexual, han sido clasificados desde la enfermedad que requiere de la intervención de “especialistas” capaces de reconducirlos hacia comportamientos y prácticas saludables, como señala Carla: *“se asocia mucho la idea de la homosexualidad y el lesbianismo y todo lo que tiene que ver con la disidencia sexual, a perversiones, desviaciones sexuales, agente que no es sana”*.

El Estado como institución encargada de convertir en ley ciertas convenciones sociales relativas al género y la sexualidad, ha sido y continúa siendo heredero y depositario tanto de los discursos religiosos, como del sexismo en la ciencia, manteniendo casi inalterables un

conjunto de prohibiciones y castigos para los cuerpos que subvierten el dualismo de género y la heterosexualidad.

El peso que estas instituciones ejercen sobre la vida de todas aquellas personas que subvierten la norma, se expresa como negación, rechazo y discriminación, generando cargas muy pesadas en el proceso de auto aceptación, así como, en la relación que los cuerpos disidentes establecen con su entorno, como menciona Carla: *“es súper engorroso, es difícil, porque tampoco es que tengo ganas de pasarme peleando la vida. En mi trabajo lo hablé, con quienes más ha sido difícil es con mi familia, porque como es un silencio tan pesado y tan fuerte, requiere de muchos ovarios estar poniéndolo siempre sobre la mesa; entre la vergüenza y el miedo, tener que darles explicación porque ya lo sabían. En los espacios públicos sí he sentido discriminación, es una discriminación más sutil porque es un asunto de clases también”*.

En sociedades claramente sexistas, el binarismo de género se construye sobre comprensiones jerarquizadas desde donde se otorga a lo masculino un conjunto de privilegios que incluyen el ámbito de la sexualidad. De tal suerte, los hombres son reconocidos como sujetos activos en la búsqueda y realización del placer sexual aun cuando se coloquen en los límites de la doble moral, en tanto las mujeres son despojadas de toda expresión erótica que no pase y se realice a través del cuerpo masculinizado.

Con base a lo anterior es posible reconocer por un lado, la existencia de ciertas expresiones de discriminación comunes a homosexuales y lesbianas, y por el otro formas específicas de discriminación hacia las lesbianas, en donde se conjugan el sexismo y el rechazo a toda expresión de deseo femenino fuera del control masculino, como señala Carla: *“los hombres enfrentan una discriminación más agresiva, porque como retan el modelo de masculinidad, avergüenzan a sus congéneres, por decirlo de alguna manera; en cambio a nosotras, la discriminación tiene que ver con el silencio y la invisibilidad. No existís... El silencio y la invisibilidad se nos receta*

a las mujeres, y a los hombres agresividad. Porque entre machos te podés agredir. Y aunque seas gay no dejás de ser hombre, los códigos son similares”.

En el mismo sentido, una joven que participó en uno de los grupos focales reconoce las diferencias en los tipos de discriminación que se ejerce contra homosexuales y lesbianas a partir de las jerarquías de género que otorgan ciertos privilegios aun a los hombres que transgreden la heteronorma: *“notaba de que eran más aceptados los hombres homosexuales que las mujeres lesbianas. Después aprendí que tiene que ver con esa construcción social que tienen las mujeres en la sociedad. Por ser mujer estás mal y si sos lesbiana estás rematada. El hombre homosexual mientras conserve esos patrones, mientras no se le note la pluma, mientras muestre que es macho (...) siento que parece que no viven mucha discriminación a como la viviría una mujer lesbiana”.*

En la construcción de políticas de alianzas entre colectivos que tienen una apuesta común en el cuestionamiento y la subversión al sexismo, el machismo y la homo/lesbo/transfobia, es de suma importancia reflexionar sobre las formas como se articulan e intersectan diferentes dimensiones de la discriminación, pero no para establecer nuevas jerarquías que coloquen unos cuerpos y unas luchas por debajo de otras, sino para construir apuestas integrales que nos permitan comprender el peso que las estructuras de dominación tienen sobre nuestra vidas, como señala Marcela: *“Asumir las diferencias como motor de la reflexión, más que como estandarte de un discurso oficial, porque decir, las lesbianas que ustedes los homosexuales, o los homosexuales sufrimos más que ustedes, ... esto genera una fragmentación indisoluble y negativa totalmente, porque al final todos son grupos subalternizados por un discurso de sexualidad correcta”.*

Más allá de las actitudes y comportamientos individuales respecto al sexo, el género y las orientaciones sexuales, es necesario construir nuevos discursos que permitan una mejor comprensión de la forma en que el heterosexismo afecta a todas las personas, trascendiendo las clasificaciones o etiquetas particulares que nunca darán cuenta de

la riqueza y diversidad de posibilidades en la vivencia del cuerpo y de la sexualidad. Desde esta óptica no solo se trata de reconocer el rechazo y discriminación que sufren las sexualidades “disidentes”, sino de todas aquellas personas que ocupan lugares subordinados en razón del género, la etnia, la clase, como apunta Marcela, *“Es una guerra de cuerpo a cuerpo, le sirve al sistema. Es todo este tema de que el pueblo se peleó o que las clases marginadas se peleen y que dejen la piel en la calle, en el cemento, mientras que nosotros nos hacemos más ricos... Creo que discriminar es hacerle el juego al poder hegemónico instaurado, porque es un poder que tenemos instaurado en nuestro pensamiento y en nuestro cuerpo... No trae ningún beneficio para nosotros, más que sentir que podemos decidir sobre la vida de alguien”*.

Los mandatos heterosexistas construyen y afirman la masculinidad en torno al poder que ciertos hombres ejercen sobre las mujeres y sobre otros hombres; y la femineidad en torno a la capacidad de dar vida y cuidar de los otros. Cuando tales atributos son puestos en duda o subvertidos en algún sentido, se activan mecanismos de vigilancia encaminados a “corregir” tales distorsiones en defensa de la norma; tal como señala una de las participantes en el grupo focal: *“La imagen del hombre que renuncia al poder y la mujer que renuncia a la maternidad, son para mí las bases para la discriminación hacia los gays y lesbianas”*.

El binarismo de género construye una relación simple y unívoca entre diferencias sexuales desde el punto de vista anatómico y fisiológico, identidades de género y orientación del deseo, que obedecen a un supuesto orden natural e inmutable que admite modificaciones solo como patologías o perversiones. Carla menciona que, esta asociación lineal lleva a *“concebir que sólo pueden haber hombres y mujeres que viven su sexualidad bajo los patrones heteronormativos y lo que se sale de ahí es anormal y perverso, y eso genera homofobia y lesbofobia”*.

Retomando la idea de Elvira Burgos quien plantea la necesaria recuperación de un sujeto transdeseante, capaz de demostrar la posibili-

dad de transgredir el género y reinventarlo conforme nuestros propios deseos, es posible construir nuevos referentes eróticos que den cabida a la variedad de posibilidades que encarnan nuestros cuerpos y sus deseos. Como señala uno de los participantes del grupo focal mixto, *“el binarismo de género nos ha enseñado solo dos sexos, solo dos géneros y ahí muere. Naciste mujer, te tienen que gustar los hombres (...) naciste hombre te tienen que gustar las mujeres (...) los homosexuales, las lesbianas, los trans, rompemos con ese binarismo de género y decimos que No”*.

Tanto el feminismo como los colectivos que defienden libertades sexuales necesitamos de definiciones políticas capaces de nombrar al sujeto que denuncia la discriminación y demanda reconocimiento, y también necesitamos ser cada vez más conscientes de la inconveniencia de repetir nuevas clasificaciones/etiquetas que sugieren la existencia de identidades fijas y parciales. Por el contrario, necesitamos creer en un sujeto plural y en permanente proceso de re significación de sus experiencias y deseos.

Nuevas Narrativas

“En la puerta de cada retrete, como único signo, una interpelación al género: masculino o femenino, damas o caballeros, sombrero o pamelita, bigote o florecilla, como si hubiera que entrar al baño a rehacerse el género más que a deshacerse de la orina y de la mierda...Lo único que importa es el GÉNERO. (...) Allí donde la arquitectura parece simplemente ponerse al servicio de las necesidades naturales más básicas (dormir, comer, cagar, mear...) sus puertas y ventanas, sus muros y aberturas, regulando el acceso y la mirada, operan silenciosamente, como la más discreta y efectiva de las «tecnologías del género». Así, por ejemplo, los retretes públicos, (...) pensados primero como espacios de gestión de la basura corporal en los espacios urbanos, van a convertirse progresivamente en cabinas de vigilancia de género.”

Beatriz Preciado

Imaginar una sociedad sin género resulta escalofriante incluso para los cuerpos que subvierten el orden sexo/género que hemos venido analizando a lo largo de este estudio; prescindir de tales clasificaciones implicaría renunciar a las certezas, admitiendo la ambigüedad que nos constituye como seres humanos, asumir el reto de reinventar nuestros cuerpos a partir de las experiencias y deseos como expresión de la materialidad de nuestros cuerpos y desestructurar ciertos arreglos como la pareja heterosexual construida desde el dualismo de género. Como señala Manuel, *“el distanciamiento de las normas de género da lugar a más flexibilidad a ciertas cosas, acceder a cierto tipo de vivencias que desde normas de género más rígidas nos están negadas (...) creo que eso abre la posibilidad a acceder a otras vivencias y que en ese sentido es enriquecedor”*.

Si bien la desestructuración del sistema sexo/género no implica terminar con el conjunto de clasificaciones binarias y jerarquizadas que implican discriminación, constituye una condición necesaria para acabar con el sexismo y el machismo que afecta a millones de mujeres y cuerpos “feminizados”; tal como señala Carla, *“la gente estaría más feliz en general, porque las mujeres no estaríamos tan preocupadas por ser mujeres, porque una de las cosas que creo que tenés consciencia desde que sos joven, de que sos mujer, es por las desventajas, entonces las mujeres o las personas que nacen con estas características (...) no estaríamos tan preocupadas por todo el riesgo y la vulnerabilidad y por estar expuestas a la violencia de la manera que estamos ahora y para los hombres también”*.

Se trata no solo de subvertir el orden binario, sino de mantener una mirada crítica respecto de la construcción de nuevos discursos y gestos cotidianos, que eviten la producción de nuevas clasificaciones como afirma Marcela: *“el hecho de transitar no asegura que vamos a dejar atrás la necesidad de normar (...) creo que es posible otro mundo, pero siempre teniendo como muy presente este tema de cuestionar”*.

Desgenerizar los cuerpos supone un esfuerzo cotidiano deliberado o no, para la creación de nuevas narrativas en la que sea posible conju-

gar infinidad de posibilidades y opciones para constituirnos en sujetos flexibles, inciertos, vulnerables, creativos, con apertura a la experimentación, al ensayo/error como método de aprendizaje. También supondría la construcción de nuevas nociones y prácticas de poder, que fomenten la cooperación, el intercambio y el reconocimiento de la diversidad en sus múltiples expresiones, que como sabemos van más allá del sexo y del género.

Despojar al género de significaciones binarias y jerarquizadas, es reubicarlo en el lugar de la diversidad y multiplicidad de características y roles que en diferentes contextos y momentos podemos realizar las personas a partir de nuestros deseos y posibilidades. Como señala uno de los participantes de los grupos focales: *“hay que desgenerar el género, porque realmente si no le das tanta importancia a esa maldita idea de que tenemos que etiquetarnos y ponernos en una categoría y asumirnos como tal cosa, si no tuviera tanta importancia, difícilmente tendríamos este problema de estar definiéndonos”*.

Los espacios colectivos para la reflexión y la acción política, constituyen lugares necesarios tanto para deconstruir el binarismo de género como fundamento del sexismo y la homo/lesbo/transfobia, así como para construir nuevos paradigmas desde donde resignificar y legitimar las transgresiones que operan en nuestros cuerpos y que contribuyen a evidenciar -aun sin proponérselo- las múltiples rebeliones que llevamos a cabo en nuestras vidas cotidianas, por donde se manifiestan las fisuras entre la norma y la materialidad de nuestros cuerpos.

Para otorgar valor político a las transgresiones que vamos enunciando en nuestro devenir, necesitamos de conceptos y categorías que nos permitan nombrar/explicar desde la propia experiencia, lo hasta ahora innombrado: cuerpos sin definiciones, cuerpos que sintetizan atributos masculinos y femeninos, cuerpos sin género y llenos de deseos, cuerpos lésbicos, cuerpos homosexuales, cuerpos sin líbido,

cuerpos que se embarazan, cuerpos que abortan, cuerpos que cuidan de otros cuerpos y también son cuidados, cuerpos que fantasean, cuerpos promiscuos, cuerpos que buscan otros cuerpos, cuerpos que prefieren las fantasías...

Para algunas de las entrevistadas el feminismo constituye una fuente principal de referencia tanto en términos teóricos como políticos para la deconstrucción de los mandatos de género y los significados de poder implicados en esta categoría. Las siguientes citas de Carla, Luis y Marcela sintetizan la importancia que su encuentro con el feminismo ha tenido para construir nuevos paradigmas emancipatorios:

“En el feminismo he encontrado un discurso que legitima mi derecho a vivir, en el movimiento de mujeres, y en el movimiento feminista, en las organizaciones de mujeres, en los colectivos, en los grupos de amigas feministas”.

“El feminismo fue lo que me abrió los ojos, es lo que me ha permitido cuestionarme mi propio machismo, a cuestionarme la cosmovisión del mundo. Me ha llevado a pensar otra forma de vivir...El feminismo me enseñó la teoría de la sospecha”.

“Darme cuenta de que no se puede hablar por todo lo que pasa en el mundo (...) porque quita un peso de encima, porque te hace ver realmente a la gente y porque te ayuda a validar tu propia experiencia y tu propia voz, sin pretender estar por encima de nadie y eso es bien complicado”.

En el mismo sentido dos jóvenes lesbianas sostienen que el feminismo les ha sido de gran importancia para reconocer y dar legitimidad a su deseo por otras mujeres: *“Antes, mi lesbianismo me lo vivía con mucho miedo, porque no tenía esa teoría, que no solo te da ese derecho a organizarte, de que vos tenés derecho, porque el feminismo significa respaldo en tus transgresiones, saber que hay alguien ahí, y que otras lo han hecho y que si lo han hecho más, podemos ir juntas y seguir apoyando a otras”.*

“(…) el feminismo me ha dado la posibilidad de llevar todo este proceso de reafirmarme y conocerme con mucha felicidad y con mucha seguridad. El feminismo me ha dado muchos momentos de felicidad, me ha dado cuerpo teórico, le ha dado nombre a quien soy, cómo me quiero construir y qué nombres tienen mis luchas, mis resistencias; el feminismo me ha permitido acuerparme, reconocermé en mí y en otras. Me ha dado herramientas de seguridad y de decir, esto que yo estoy viviendo es justo, es válido, existe, es reconocermé a mí misma y a otras”.

Junto a la teoría feminista, el pensamiento Queer ha contribuido a la comprensión de los cuerpos como territorios en donde por un lado se inscriben los dualismos de género y por el otro se transgrede al género, afirmando la idea de los cuerpos como un performance, es decir, la actuación de gestos cotidianos que desafían el pensamiento binario y crean nuevas posibilidades de estar, sin que ello defina de modo totalizante el “ser”.

Más allá del aporte conceptual y político de la teoría feminista y el pensamiento queer, las personas entrevistadas conceden gran importancia al reconocimiento y visibilización de las transgresiones al género binario presentes en la vida cotidiana de millones de personas, como señala Manuel: *“visibilizar las disidencias, que es algo que hacemos todo el tiempo, pero que deberíamos hacerlo explícito, si no vemos esas disidencias cotidianas, pareciera que los mandatos de género no sólo dicen cómo deberían ser las cosas, sino que pareciera que dicen cómo son las cosas. De ahí viene gran parte de su poder, como que describen cómo son las cosas y no como normas que pueden ser cuestionadas y desobedecidas”.*

De igual manera Marcela reconoce que *“(…) hablar de género es un ejercicio académico y analítico para reducir la discusión, pero la realidad del género, el hecho de vivir en un cuerpo no tiene que ver sólo con el género, en realidad hay muchos otros grandes relatos en diversas experiencias”.*

La importancia de modificar sustancialmente los modelos de crianza constituyen una de las preocupaciones principales de las personas

entrevistadas, asumiendo que es precisamente desde el mismo momento del nacimiento que aprendemos de forma inconsciente las clasificaciones, roles y estereotipos de género que nos acompañarán a lo largo de nuestras vidas. Por esto, Carla habla de “trabajar con la gente joven, con los niños, con las niñas, desmitificando los estereotipos, saliéndonos de esa dicotomía sexo-género que de alguna manera te deja atrapada en ese binarismo”.

Como se ha señalado desde el activismo feminista:

Las identidades de género tienen un peso relevante en la subjetividad de las personas, en las maneras en cómo nos vemos a nosotras mismas y como nos relacionamos con los demás. Existe una pedagogía muy rígida para enseñarnos el género en clave binaria; la primera expresión bárbara de esa discriminación es el miedo que desarrollamos a no encajar en esos moldes de género; el miedo se traduce como imposibilidad de ser quienes queremos ser, de ensayar distintas formas de estar en el mundo.

**(María Teresa Blandón, Cuerpos Sin Vergüenzas,
Junio 4, 2015)**

El gran desafío es romper el miedo a la transgresión del orden sexo/género y generar diálogos múltiples y diversos que nos permitan reconocernos como parte de una comunidad emergente en la que todos los cuerpos sean posibles y capaces de convivir de forma respetuosa y lúdica.

V. Algunas Conclusiones

“Soy ella y soy él y viceversa. Actúo como él pero una parte de mí también es ella. La gente me ve como él pero no acepta que soy ella.

Frente al desconcierto me agreden.

Mi cuerpo, mi actitud, mi apariencia cuando soy mujer y cuando soy hombre, forman parte de mí.

¿Qué soy? ¿Quién decido que soy? ¿Quién dicen que soy?

Él transita por el género... Ella elige el género negado por los otros.

Así experimentamos esta forma de estar en el mundo.

Nuestros cuerpos no se someten, son espacios de libertad”

Transitar por el género II.

Programa Feminista La Corriente

Las voces de las personas entrevistadas en el presente estudio, confirman la importancia de profundizar en la recuperación de los itinerarios vitales de los cuerpos que subvierten el binarismo de género y los mandatos heterosexistas que le son propios. Solo desde este diálogo reflexivo será posible avanzar en la construcción de propuestas inclusivas capaces de subvertir los fundamentos del sexismo, el machismo y la homo/lesbo/transfobia.

La deconstrucción del binarismo de género y la visibilización de las transgresiones que afirman nuestros cuerpos como espacios de resistencia y construcción de nuevas posibilidades, forma parte de las prioridades de todas aquellas personas, colectivos y movimientos que luchan contra la discriminación. Este desafío requiere de la construcción de nuevas narrativas tanto como de gestos cotidianos que muestran las múltiples y diversas posibilidades de estar en nuestros cuerpos y de relacionarnos.

Los resultados del estudio permiten constatar por un lado las adscripciones al género y por el otro, las transgresiones que subvierten

un conjunto de reglas relativas a la imagen corporal, los roles y la orientación del deseo, para dar cabida a cuerpos masculinizados y femeninos, cuerpos feminizados y masculinos; cuerpos lésbicos y homosexuales; cuerpos que no se definen desde el género.

Si bien el conjunto de personas entrevistadas son conscientes de la existencia y el peso de una pedagogía de género que se desarrolla desde la infancia y en la cual participan las personas (hombres y mujeres) que guardan vínculos íntimos con las criaturas, también reconocen la posibilidad de transgredir ciertas reglas una vez que se reconocen los deseos encarnados en nuestros cuerpos. Solo en este sentido es posible entender que si bien fuimos socializados para aprehender significados dicotómicos y jerarquizados de lo “masculino” y lo “femenino”, somos capaces en algún momento de nuestras vidas de “desviarnos” cuestionando –aun sin ser del todo consciente- este orden binario que se presenta como natural e inmutable.

La tensión latente entre las expectativas socialmente construidas y el deseo individual muestra no solo la imposibilidad de adecuarnos totalmente a lo que cada cultura considera propio de lo femenino y masculino, sino la emergencia de un conjunto de transgresiones que como la transgeneridad, el lesbianismo y la homosexualidad, desafían aspectos nucleares de las identidades dicotómicas.

Por otro lado y con relación a las adscripciones al género asignado, nos enfrentamos a la paradoja ya analizada por Judith Butler, que revela como dos caras de la misma moneda, la transgresión al género y su afirmación, como podemos observar en las identidades encarnadas desde la transgeneridad.

El género aparece como una constante difícil de desestructurar, toda vez que se presenta no como una variedad de formas de estar en el mundo, sino como una esencia que define al ser. La simultánea negación y afirmación del género hace evidente su carácter central en la

construcción de las identidades, afirmándose como un factor ineludible de organización del sujeto y de las relaciones sociales y sexuales; se trata de un mecanismo subjetivo y objetivo que supuestamente nos libera de la incertidumbre de ignorar quiénes somos y cuál es nuestro lugar en el mundo.

En otro sentido, las identidades de género con sus variantes en cada contexto particular, han sido construidas desde unas determinadas concepciones que afirman “el poder” como una propiedad de ciertos grupos/individuos, que se realiza y reafirma en el control de otros cuerpos que se suponen carentes de poder, o bien predestinados a ocupar posiciones subalternas.

En algunos de los relatos contenidos en el estudio, resulta claro que la experiencia de la homosexualidad, el lesbianismo y la transgeneridad, difiere no solo en la vivencia de la discriminación, sino en la asociación que hacen entre masculinidad y poder; feminidad y discriminación. De tal suerte, algunos activistas gays reconocen el disfrute de ciertos privilegios de poder en razón de su pertenencia al género masculino, mientras las lesbianas reconocen en las experiencias de discriminación, violencia e invisibilidad, la evidencia de que son mujeres.

En ambos casos, son las relaciones de poder que se establecen en la relación con los otros/otras las que refuerzan la propia comprensión de la pertenencia al género. Las lesbianas se saben discriminadas aun antes de asumirse como tales, en cambio los homosexuales aun cuando subvierten la heteronorma, pueden preservar ciertos privilegios en dependencia de diversos factores objetivos y subjetivos, en donde ser “hombre” ocupa un lugar relevante.

Resulta claro que no basta con transgredir el mandato de la heterosexualidad para cuestionar las lógicas sexistas, constatación relevante para la construcción de alianzas a las dinámicas de los colectivos LGTBI y en la relación con los movimientos feministas, tomando en

cuenta que la crítica al sexismo constituye uno de los núcleos articuladores del feminismo en términos teóricos, políticos y éticos.

La pregunta planteada muchas veces en los diálogos entre activistas de la diversidad sexual y feministas respecto de si es posible luchar contra la homo/lesbo/transfobia sin cuestionar el sexismo, sigue siendo una de las principales interpelaciones que desde el feminismo se plantea a los colectivos LGBTI, al tener asumido que no se puede desestructurar el sexismo sin cuestionar la heterosexualidad como norma.

Reafirmando lo dicho anteriormente, los resultados del estudio permiten afirmar que quienes reconocen en el feminismo una fuente de reflexión y cuestionamiento del orden sexo/género, muestran un mayor cuestionamiento a los significados atribuidos a lo masculino/femenino más allá de la orientación del deseo, rechazando la obligación de definirse como “hombres” o como “mujeres”.

Sin duda hace falta profundizar en las experiencias particulares de los cuerpos trans (femeninos y masculinos) para entender cómo opera la conflictiva relación/interacción entre cuerpos masculinizados/feminizados y el ejercicio del poder a partir de la marca del sexismo que inevitablemente está presente en los cuerpos de hombres y mujeres. La renuncia a ciertos privilegios asignados a los hombres y la adopción de atributos “femeninos” que les coloca en una posición de inferioridad, constituye uno de los principales nudos en el intento de subvertir el binarismo de género y la jerarquización que le son propias.

La comprensión de las claves que explican la relación entre sexismo y homo/lesbo/transfobia resultan de enorme importancia en el proceso de construcción de nuevos relatos y de alianzas, ya que no es posible enfrentar el conjunto de expresiones de discriminación que se asientan en el binarismo de género.

Otro de los hallazgos de este estudio remite a la construcción del deseo, el cual articula de modos específicos al individuo y las múltiples influencias frecuentemente marcadas por el racismo, el clasismo y los conceptos de normalidad/anormalidad que sitúan a los cuerpos deseados e indeseados. De esta manera, se puede afirmar que en la construcción del deseo influyen no solo el sexo/género, sino la raza y la clase de tal manera que deseamos cuerpos que guardan cierta correspondencia con los significados que construyen los sistemas de poder.

En esta reflexión sobre la construcción de deseo, si bien no fue objeto principal del estudio, nos lleva a preguntarnos si somos capaces de perfilar de manera más o menos autónoma nuestros deseos y en tal caso hasta dónde puede llegar su experimentación. A juzgar por las reflexiones compartidas por una de las participantes de este estudio y del propio equipo que coordinó la investigación, son diversos los cuerpos excluidos de nuestros deseos en razón del sexo, de la clase, de la raza, del tamaño, del peso, de las señales de discapacidad, entre otras.

La construcción binaria y jerarquizada de las identidades de género esta interrelacionada con otras clasificaciones como la raza y la clase, haciendo necesaria la problematización de la comprensión del sistema sexo/género como categoría capaz de explicar en sí misma la posición de los sujetos.

La creación de nuevos paradigmas emancipatorios capaces de interpelar el heterosexismo, el racismo y el capitalismo que operan sobre nuestros cuerpos desde afuera y desde adentro, constituye el principal desafío de todos los seres humanos comprometidos con la búsqueda de la libertad y de la paz.

Bibliografía

Butler, J. (2006). *Desbacer el género*. Barcelona, España: Ediciones Paidós.

Burgos E. *Transdeseante. La aventura de la identidad*. Ponencia presentada en Jornadas Feministas Estatales. Granada, España, diciembre 2009.

Fernández, J. (2003). *Los cuerpos del feminismo*. En Diana Maffia (Comp.) Sexualidades migrantes. Género y transgénero (pp. 138-154). Buenos Aires, Argentina.

Lamas, M. (1996) *El género la construcción cultural de la diferencia sexual*. Universidad Nacional Autónoma de México. Coordinación de Humanidades. Programa Universitario de Estudios de Género, UNAM.

Mayobre, P. (2007) *La formación de la identidad de género una mirada desde la filosofía*. Revista venezolana de estudios de la mujer.

Martínez, A. (2012) *Repensar la perspectiva psicosocial sobre el género: contribuciones y desafíos a partir de las identidades transgénero*. *Psicoperspectivas*. Individuo y Sociedad.

Programa Feminista La Corriente. (2015). *¿Qué soy? ¿quién decido que soy? ¿quién dicen que soy?*. Cuerpos Sin-Vergüenzas. Recuperado de <http://lacorrientenicaragua.org/que-soy-quien-decido-que-soy-que-dicen-que-soy/>

Vartabedian, J. (2007). *El cuerpo como espejo de las construcciones de género*. Una aproximación a la transexualidad femenina. *Quaderns-e de l'ICA*, 10 (pp. 1-11). España.

Anexos

Participantes de la investigación:

Entrevistas a profundidad:

Angie Largaespada

Camilo Antillón Najlis

Gabriela Montiel

Marvin Mayorga

Grupos Focales:

Alondra Sevilla

Athiany Larios

Brenda Juárez

David Rocha

Gabriel Zeth

Helen Alfaro

Johnny Jiménez

Juanita Urbina

Roberto Guillén

Silvio Sirias

Tania Irías

Yodalys Beteta

Del canal 10, 1 c. 1/2 al lago.

www.lacorrientenicaragua.org

www.facebook.com/programafeminista.lacorriente

Nicaragua, 2015

“En este estudio del Programa Feminista La Corriente, las voces de las personas entrevistadas confirman la importancia de profundizar en la recuperación de los itinerarios vitales de los cuerpos que subvierten el binarismo de género y los mandatos heterosexistas que le son propios. Solo desde este diálogo reflexivo será posible avanzar en la construcción de propuestas inclusivas capaces de subvertir los fundamentos del sexismo, el machismo y la homo/lesbo/transfobia”